



Entre la geopolítica y las ideas

Reflexiones para una renovación democrática
Armando Chaguaceda y Fernando Pedrosa

Número 5



DP Enfoque n.º 5.
Entre la geopolítica y las ideas.
Reflexiones para una renovación democrática
Armando Chaguaceda y Fernando Pedrosa

© 2021 KONRAD-ADENAUER-STIFTUNG e. V.
FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER
Plaza Independencia 749, of. 201, Montevideo, Uruguay
Tel.: (598) 2902 0943/ -3974
E-mail: info.montevideo@kas.de
www.kas.de/uruguay
@KASMontevideo

Director
Sebastian Grundberger

Subdirector
Thomas Schaumberg

Coordinador editorial
Ángel Arellano

Corrección
Alejandro Coto

Imagen de portada
Shutterstock

Diseño y armado
Taller de Comunicación
Obligado 1181, Montevideo, Uruguay
www.tallerdecomunicacion.com.uy

ISBN: 978-9915-9375-4-0

DIÁLOGO POLÍTICO es una plataforma para el diálogo democrático entre los influenciadores políticos sobre temas de relevancia en América Latina con base en los valores de libertad, solidaridad y justicia. Conecta a la región con los grandes debates geoestratégicos en el mundo. Construye una ventana de difusión de proyectos de la Fundación Konrad Adenauer en América Latina.

DIÁLOGO POLÍTICO es parte del Programa Regional Partidos Políticos y Democracia en América Latina (KAS Partidos). Tiene el objetivo de reducir la polarización política a través de un debate pluralista, constructivo e informado, orientado al bien común, para fortalecer el centro político desde sus raíces socialcristianas, liberales y conservadoras.

GOBIERNO Y ANÁLISIS POLÍTICO AC es una organización de la sociedad civil especializada en el análisis, la asesoría política y la capacitación e incidencia ciudadana. Sus líneas de trabajo son: formación ciudadana y fortalecimiento a organizaciones de la sociedad civil; análisis, asesoría y planeación gubernamental, con énfasis en lo local; asistencia e investigación en derechos humanos.

www.dialogopolitico.org – @dplatinoamerica_

Contenido

Entre la geopolítica y las ideas	4
Resumen	4
A modo de introducción: el pasado que abre el presente	4
Qué hacer con el pasado (para que sea útil en el presente)	5
Los nuevos escenarios globales	6
El caleidoscopio latinoamericano	8
El <i>revival</i> autocrático: nuevos socios para un viejo modelo	9
La ciudad de las ideas: un territorio en disputa	10
Pensar el presente y actuar antes que sea tarde	12
Conclusiones	14
Referencias bibliográficas	15

Entre la geopolítica y las ideas

Reflexiones para una renovación democrática¹

Armando Chaguaceda y Fernando Pedrosa

Resumen

En el contexto de una Latinoamérica inmersa en un proceso de avances y retrocesos en términos de sus luchas por la democracia, diversos actores autocráticos (liderazgos, regímenes, movimientos, intelectuales) utilizan las oportunidades (instituciones, derechos, espacio público) de la sociedad abierta para promover ideas y agendas particulares en un sentido contrario a la democracia. Comprender algunas expresiones básicas de este fenómeno y delinear una primera ruta de medidas para resistirlo son objetivos de este texto.

A modo de introducción: el pasado que abre el presente

Faltando pocos minutos para el final del día 9 de noviembre de 1989, comenzó a suceder lo impensado. Los ciudadanos alemanes, ya sin poder distinguir si provenían del este o del oeste del país, derrumbaban el muro que los separaba. Ese mismo que los había condenado —y a millones de ciudadanos de otros países ubicados detrás de la llamada *cortina de hierro*— a una vida de opresión, alienación totalitaria y carencias múltiples.

En su locura de control absoluto, y en nombre de una utopía igualitarista, el Estado leninista había sujetado a las personas a la tierra. Eliminando la libertad humana como principio natural de la

existencia en nombre de una entidad sobrenatural e históricamente improbable: el comunismo. Tal situación se tradujo en el despojo de la condición ciudadana para millones de personas, quedando así disponibles y expuestos ante los deseos de un «señor». En este caso, una *nomenklatura* comunista que, como no podía ser de otra manera, luego hizo un extenso uso patrimonialista de semejante atribución.

El Muro de Berlín, además de la función divisora del territorio que designaba, también oficiaba de amenaza velada y a la vez concreta para la propia población del lado comunista. Era a ellos a quienes se buscaba atemorizar y contener, proyectando una oscura sombra de autoritarismo confundida con autoridad, mezcla que estaba en la base del régimen leninista. Por el contrario, para el otro lado del mundo, esa muralla solo mostraba debilidad y temor; por lo que pronto se convirtió en un ícono global de aquello que buscaba ocluir: la libertad.

¹ Los autores agradecen los comentarios recibidos a versiones previas de este documento. En particular, de los colegas Ángel Arellano, Eduardo Brenes, Guillermo T. Aveledo e Ysrael Camero.

Esto no quiere decir que el Occidente democrático no haya fabricado sus propios —y terribles— demonios, sobre los que también hay que pensar para no caer en algunas trampas y repetir errores. La sombra de atroces dictaduras, en este caso de derecha, asolaron el otro lado del Atlántico. Durante poco más de una década, diferentes cuartelazos, juntas y caudillos militares se entronizaron en gran parte de los países de Latinoamérica administrando, legal e ilegalmente, la muerte como recurso de poder. Una pesadilla al estilo de aquellos filmes nipones, donde dos monstruos se enfrentan, destruyendo a su paso la vida y bienes de los asustados e impotentes seres humanos.

Vale la pena recordar semejantes eventos y significado, por la intención renovada de volver a darle sentido político al encierro permanente y a la negación de los derechos a la circulación de las personas a partir de la necesidad de combatir la pandemia de COVID-19. Y si bien el pasado no vuelve, tampoco desaparece por completo. Los acontecimientos ya vividos se conectan con el presente, en densas líneas de rupturas y continuidades cuyo conocimiento es clave para enfrentar los desafíos que nos desvelan hoy mismo. Las personas, ideas, memorias, experiencias comunes y las instituciones, nacionales e internacionales, formales e informales, son esas líneas que unen ayer y hoy, personificadas en viejos y nuevos actores sociales.

Entonces, esa historia que cobró vida entre 1945 y 1989 todavía sigue ahí. Enredados en los imaginarios y en las bases políticas y sociales de un mundo que marcha sin pausa hacia formas y dinámicas que aún no sabemos qué forma final adoptarán.

Pero el propósito de estas páginas no es hacer una historia completa del período sino resaltar las *líneas de vitalidad* que existían allí donde la sociedad civil fue protagonista, donde había una decisión de dar la pelea por la libertad, donde los ciudadanos organizados poseían soportes materiales y simbólicos y donde el Estado no ocupaba un lugar de proveedor y control total.

La hipótesis que articula este texto —hilvanado a partir del diálogo entre los autores, partiendo de búsquedas y avances previos trabajados por ambos— es que esas diversas *líneas de intensidad democrático-liberal* sustentaron, en el mundo cultural, científico y académico occidental, la derrota del totalitarismo en la Guerra Fría. Y que, debido a eso, la reciente reorganización de los sectores autoritarios se centró activamente en recuperarlas para esa causa. Y por eso mismo, la estrategia para frenar su renovado avance en este presente es detener y revertir ese mismo proceso.

Qué hacer con el pasado (para que sea útil en el presente)

La reflexión sobre el pasado es poco útil cuando se vuelve *celebratoria o melancólica*, pero se convierte en un arma potente si se usa para interrogarlo desde las perplejidades del presente. Y en este presente que vivimos la pregunta sigue siendo, como en otras épocas, por el futuro de la justicia, la libertad y la democracia. La mirada al pasado se vuelve entonces *pragmática y proactiva*, pues busca pistas para desarmar el relato y la legitimidad de los autoritarismos actuales.

Después de todo lo argumentado en los párrafos precedentes *¿cómo no voltear la vista hacia el desenlace de la Guerra Fría?*, momento culminante donde las fuerzas del autoritarismo y el orden estamental fueron derrotas por una coalición de actores y una conjunción de estrategias que llevaban el discurso de la libertad en su centro vital. Es necesario volver a leer atentamente esa experiencia con los ojos de hoy, como un espacio de *brainstorming* para el presente. Además de su importancia simbólica, esto es argumentable por al menos cuatro motivos concretos.

En **primer lugar**, hay que reconocer que *los enemigos de la libertad* —adversarios no improvisados y que hacen su tarea eficientemente— *han vuelto al redil público evitando repetir estrategias y proyectos estrepitosamente fracasados*. Pero, a la vez, no es fútil repensar esos años del siglo pasado, porque gran parte del bagaje ideológico y metodológico de los defensores del llamado

socialismo del siglo XXI y otras causas antiliberales de la actualidad provienen de allí, aunque su genealogía sea algo más disimulada.

Los admiradores del modelo de dominación soviética se presentan en la actualidad —casi como siguiendo una estrategia de marketing— rechazando aquella experiencia; pero, finalmente, para volver sobre los mismos asuntos, por los mismos caminos y apuntando a similares objetivos, aunque ahora los promuevan en nombre de alguna otra utopía falsamente liberadora.

En **segundo lugar**, y vinculado con lo anterior, *el escenario actual, que empezó a estructurarse con el fin de la Guerra Fría*, y de algún modo, con otros disfraces y manuales, *enfrenta a varios de los mismos personajes como una película que ofrece distintas secuelas para mantenerse vigente*. Es cierto que algunos protagonistas han caído en los episodios anteriores y hoy también aparecen otros que no estaban en aquellas primeras temporadas o que se han cambiado de bando. Sin embargo, una parte significativa de la pelea global sigue, como entonces, **entre los defensores y los enemigos de las sociedades abiertas; entre los propulsores de la democracia de ciudadanas y ciudadanos y quienes prefieren la obediencia de alguna autocracia más o menos de tipo caudillista, castrense, partidista o teocrática**. La pelea de fondo también sigue siendo entre quienes conciben los derechos humanos como una institución universal y no sesgada por ideologías y los que piensan que solo sus compañeros de ideología o partidos pueden ser beneficiarios de esos derechos.

En **tercer lugar**, es útil volver a pensar el pasado porque también existe hoy una *relectura manipulada de esos tiempos*. Esa revisión pone en discusión o relativiza algunos aspectos centrales de aquel proceso: en tiempos de posverdad nada es como realmente fue. El llamado *socialismo real* es un eufemismo que piadosamente reclama que la elaboración *teórica* del modelo comunista sería algo diferente —y mejor— de lo que resultó cuando se implementó... reiteradamente.

Parece un lugar común, o un detalle obvio, pero hay que explicitarlo: *eran las personas del lado co-*

munista quienes arriesgaban su vida (y la de los que dejaban atrás) para huir cruzando el Muro y alcanzar desesperadamente la oportunidad de la libertad y prosperidad, y no al revés. Eran los habitantes de la ex-Unión Soviética quienes «desertaban», dejando todo atrás para comenzar de nuevo en cualquier lugar donde pudieran hacerlo. Exactamente como pasa en Corea del Norte, Cuba y Venezuela hoy. ¿Cómo no pensar en ellos cuando nos cruzamos con exiliados de esos regímenes en los países vecinos? ¿Cómo no ver sombras del pasado en artistas cancelados, académicos silenciados, periodistas perseguidos, medios de comunicación comprados y listas de cosas que se pueden o no hacer y decir?

En **cuarto lugar**, reconocemos —ellos, nosotros, todos— que el *soft power*, como lo denominara célebremente Joseph Nye (2006), *fue importante en esa pelea que convirtió al Muro*, en símbolo de la opresión para la cultura contemporánea y de inspiración para los partidarios de la libertad. Ciertamente, la economía, la política, las armas, la tecnología, los espías, la guerra de Afganistán o la competencia espacial fueron rubros centrales en la definición del conflicto bipolar. Pero todo ello funcionó también aceitado por legitimidades que eran intangibles y que daban coherencia, potenciaban las virtudes, tapaban los errores propios y articulaban a tantos y tan diferentes grupos y personas detrás de objetivos comunes. Posiblemente, ese camino es el que haya que volver a pensar y valorar.

Los nuevos escenarios globales

Hoy en día, aquella bipolaridad ya no existe, pero las cosas no están justamente más tranquilas. La polarización va *in crescendo* en las sociedades del área que denominamos Occidente. Los tradicionales clivajes originados en las democratizaciones de la tercera ola sufren el impacto del cambio de época y paradigmas. Otra vez abundan reducciones sustentadas en criterios unidimensionales y enfrentados —políticos, ideológicos o culturales— que terminan siendo caricaturas del objeto por el cual compiten. La política *realmente existente*, sin embargo, es más compleja que esos binarismos.

Más bien, habita en cuadrantes donde se intersecan diferentes ejes y se combinan diversas variables. Exploremos algunas de sus dimensiones.

La polaridad política atiende los principios organizativos del poder, contraponiendo *democracia* y *autocracia*. La democracia es un tipo de régimen —y sociedad— que abriga un poder distribuido entre instituciones, abierto a la competencia de grupos y agendas. La autocracia remite a un poder concentrado, donde un polo —persona o élite— monopoliza prerrogativas e impone la agenda a los subalternos. Los grados de concentración o dispersión de esos poderes configuran regímenes que abarcan el totalitarismo, en su extremo *autocrático*, y la república liberal de masas, como culmen *democrático*.

En este punto queremos hacer una precisión. La idea y praxis de la democracia es una larga historia, atravesada por experimentos, reflujos y renaceres, que se remontan mucho más allá de los dos milenios. Como ha señalado John Keane (2009), se trata de un relato global, ligado a la idea de autogobierno popular, de control del poder y de ejercicio protegido de los derechos, capaz de redefinir sus formatos en distintos marcos epocales, geográficos y sociales.

En tanto fenómeno multidimensional, la democracia reúne un *ideal normativo* —que cuestiona las asimetrías de jerarquía y poder dentro del orden social—, un *movimiento social* —conjunto de actores, luchas y *reclamos democratizadores* expansivos de la ciudadanía—, un *proceso socio-histórico* —las fases y horizontes de *democratización* y *desdemocratización* (Tilly, 2010)— y un *orden político* —un régimen *democrático*— que institucionaliza los valores, prácticas y reglas que hacen efectivos los derechos a la participación, representación y deliberación políticas y la renovación periódica de los titulares del poder estatal.

Esa democracia adquiere hoy la forma poliárquica de *república liberal de masas* (Pérez-Liñán, 2017) en los marcos de un Estado nación, una economía capitalista —con diversas modalidades— y una compleja sociedad multicultural. Es dentro de

este régimen político donde los sectores medios y populares han conseguido beneficios permanentes y derechos universales (Rueschemeyer, Huber Stephens y Stephens, 1992) a través de una dialéctica ciudadanizante que abarca los momentos de lucha social, reconocimiento legal e incorporación a la política pública.

Consideramos que esta contraposición *autocracia versus democracia* constituye la polaridad básica que debemos analizar para comprender los conflictos políticos actuales. Dicha disputa, al resolverse de uno u otro modo, habilita u obstruye la posibilidad de reconocer o procesar las otras polaridades que a continuación presentaremos.

La polaridad ideológica alude a nociones redistributivas, diferenciando *izquierda* y *derecha*, remitiendo a momentos donde la cuestión espacial era determinante. La *izquierda* tendería a combatir la pobreza y desigualdad socioeconómicas, confiando al Estado un rol regulador y redistributivo. La *derecha* concebiría a la iniciativa privada, realizada en el mercado, como motor para la producción y acumulación de riquezas. Hija de la modernidad, la contraposición entre izquierda y derecha asumió en el siglo XX modalidades extremas: economías centralmente planificadas versus economías capitalistas neoliberales, polaridades que hoy se traducen en formas políticas más complejas.

El ordenamiento espacial ya solo no explica el rumbo político porque las variables temporales —es decir, si esos grupos políticos tienen su centro de gravedad en el pasado, en el presente o en el futuro— impactan en la existencia de coaliciones que nuclean a grupos de unas y otras tendencias que hasta hace poco conformaban polaridades irreconciliables.

Entonces esta distinción se reconfigura actualmente, también a partir de los cambios identitarios en los ámbitos de los diferentes sectores sociales, partidos y agendas varias; pero parecería prematuro enterrarla como obsoleta, pues todavía remite a cierto ordenamiento de las fuerzas, referentes políticos y mundos simbólicos, donde el paradigma moderno aún mantiene vigencia.

Más recientemente, en plena globalización de estilos de vida e identidades varias, también ha cobrado renovada vigencia una polaridad cultural, capaz de diferenciar posturas cosmovisivas y/o valorativas cuyos extremos son las posturas *conservadoras* y *progresistas*. El polo *conservador* considera natural —y constitutiva de un orden estabilizador— una visión tradicional caracterizada en la existencia de jerarquías entre naciones, clases, razas, géneros, religiones y culturas. El *progresista* opone la necesidad de reconocer y empoderar a sujetos considerados oprimidos, emergentes o minoritarios por el poder establecido. A medio camino entre los impulsos reaccionarios o revolucionarios, las posturas liberales acomodan agendas reformistas varias, aunque en demasiadas ocasiones quedan sumergidas entre los gritos y acusaciones de tradicionalistas y canceladores.

A ese mapa hay que añadir una dimensión geopolítica. El vertiginoso ascenso global de la China de Xi Jinping —y la renovada presencia de la Rusia de Vladimir Putin en el ámbito internacional— ocupan un lugar muy importante en esta historia. Esto es así porque permite darle traducción geopolítica —y un horizonte más amplio— a la orfandad que produjo la disolución del socialismo soviético, la falta de liderazgo regional con las muertes de Hugo Chávez y Fidel Castro y la salida de Lula del poder, pero, sobre todo, al fin de la bonanza de los *commodities* y la pérdida del control en algunos Estados que profesaban la religión del socialismo del siglo XXI.

Los escenarios y procesos globales de autocratización, polarización y desafección democráticas se han acelerado en los últimos tiempos. En cada continente hay tiranos decididos a terminar con la disidencia doméstica y perpetuarse en el poder. Además, han aprendido que en estos tiempos necesitan extender su influencia, integrarse activamente en las organizaciones internacionales, teñir su tiranía con algún discurso emancipador o religioso y jugar geopolíticamente del lado de Rusia o China.

En 2021, la coyuntura empeoró. El último informe de Freedom House (2021) muestra que, además

de cumplirse el decimoquinto año consecutivo de declive de la libertad global y que los países con retrocesos democráticos son más que aquellos que mostraron mejoras, el covid-19 y las respuestas estatales ante la pandemia empeoraron la situación. Hasta en países con sistemas y líderes democráticos se redujeron las preocupaciones por las libertades en función del combate al virus.

En Latinoamérica hemos pasado de momentos de euforia por el supuesto *fin de las ideologías* a etapas en las cuales viejas modalidades dogmáticas de aquellas —basadas en el predominio irrestricto de principios y metas totales— aspiran a capturar y reducir homogéneamente la complejidad de sujetos y demandas sociales varias. El escenario resultante no se ve muy alentador: hoy la disputa parece reducirse a elegir entre tipos de modelo —liberal tecnocrático versus estatal autoritario— diversamente regulados.

El caleidoscopio latinoamericano

No hacen falta demasiados informes para ver que en América Latina la coyuntura no es halagüeña. Y desde mucho antes que la pandemia llegara a estas costas. Latinoamérica es, como hemos señalado en anteriores análisis, un crisol sociopolítico. Pese a la vigencia formal de un marco mayoritario de orden democrático y del Estado de derecho, la región es hoy un caleidoscopio de tipos de regímenes y capacidades estatales.

En Latinoamérica, la recuperación regional de las democracias no vino de la mano de la construcción de Estados de bienestar robustos e incluso que conviven con mercados eficientes para asignar recursos. En ese sentido, la combinación de neoliberalismo y democracia ha sido tóxica para esta última. Notables desigualdades en los terrenos social y económico se mantuvieron y, en algunos casos, se ampliaron. Para sobrevivir, las democracias latinas han tenido que pactar con diversos poderes corporativos —capitalistas extractivos, sindicatos rentistas, burguesías especulativas, clase política corrupta o burocracias estatales colonizadas por intereses diversos—, cu-

yos valores e influencias erosionan los principios y funcionamiento democráticos republicanos.

Por todo ello, la región es un archipiélago con claroscuros.² En Argentina, Costa Rica, Chile y Uruguay hay niveles razonables (aunque variados) de capacidad estatal y apertura a la participación, incidencia y movilización cívicas. Brasil es una nación donde coexisten un sistema político democrático —con alta fragmentación y contrapeso de poderes— y un gobierno populista de derecha con niveles variables de capacidad e incidencia estatal, coincidentes con un espacio cívico amplio y compuesto por numerosos actores de la sociedad civil. México representa un caso de gobierno populista, donde los niveles intermedios de apertura del régimen político —afectados por las redes de macrocriminalidad— se combinan con una inestable capacidad estatal y una creciente pero aún limitada movilización social.

Centroamérica y otros países del Caribe y la zona andina tienen democracias frágiles, con instituciones de baja capacidad para enfrentar situaciones de emergencia sanitaria y, aunque cuentan con espacios cívicos formalmente abiertos, se presentan violaciones sistemáticas a los derechos ciudadanos. Nicaragua y Venezuela poseen regímenes autoritarios, que cuentan con inconstantes capacidades estatales (altas en lo restrictivo, bajas en lo provisorio) y presencia de movilización social dentro de entornos represivos del espacio y derechos cívicos. Cuba es el único caso regional de un régimen autocrático cerrado con alta capacidad estatal y bajos niveles de movilización social. Por su parte, Haití representa un Estado fallido con casi nula capacidad estatal y moderados niveles de apertura y movilización ciudadana.

El lado vacío del vaso muestra a Cuba, Venezuela y Nicaragua con sus regímenes sin grandes complicaciones, ni desafíos nacionales o internacionales y, por el contrario, expandiendo el poder autoritario hacia los otros países de la región. La aparición del chavismo actuó

como un catalizador de las energías supervivientes de la Guerra Fría, sobre todo la potencia del *franchising* cubano que llevaba años buscando infructuosamente una oportunidad como la que se le abrió en Venezuela. Pero a eso le sumó el peso de la tradición populista latinoamericana y las heridas de la década neoliberal. Los años que siguieron a la década de los noventa volvieron a mostrar la débil confianza de grupos sociales y elites políticas en la democracia liberal y, esta vez, la ola autoritaria se vio fortalecida por una etapa de bienestar regional inédita. **El fenómeno chavista volvió a dar volumen a la amenaza autoritaria, la dotó de estructura, ideología, héroes, pasado, épica y construyó una maquinaria que, antes de darnos cuenta, ya se había devorado a Venezuela.**

Frente al avance del relato populista y leninista *aggiornado*, instituciones y organizaciones democráticas parecen haber aceptado el lugar al que aquel las ha relegado en América Latina y otras partes del mundo. Como si una especie de culpa histórica les impidiera tomar cartas en una realidad que ya está recorriendo un rumbo alarmante.

El revival autocrático: nuevos socios para un viejo modelo

En el pasado reciente, el mundo socialista no necesitaba tantas veleidades intelectuales y mucho menos contenía demasiadas diversidades en el plano de las ideas y las utopías. El socialismo era el destino científico de la humanidad y la burocracia lo sabía. Solo debían custodiar como paternales pastores a sus ovejas para evitar que se descarriaran en el camino al designio ya imaginado por Marx y Lenin. En 1989, todo eso pareció derrumbarse. Pero, como se ha hecho cada vez más obvio, aquello no fue ningún *fin de la Historia*.

La izquierda neocomunista entendió que una de las tantas causas de su derrota en el siglo XX había sido centrarse en una agenda material poco atractiva y dejarle a Occidente el discurso de la libertad, la extensión de derechos y la democracia. Por eso, con el nuevo siglo, las cabezas

² Para un buen balance panorámico de la evolución histórica y reciente de la región véase Reid (2019).

más lucidas de las izquierdas autoritarias fueron activas en cambiar esa situación, apropiándose y modificando con éxito un *background* ajeno, perteneciente a las tradiciones liberal, socialdemócrata y demócratacristiana: democracia, república, derechos humanos, libertad de prensa, etc. El objetivo de esta estrategia fue retomar los postulados generales de un programa en que no creían, para modificarlo y así hacerlo funcional a una relectura autoritaria de cómo organizar a las sociedades contemporáneas.

Una gran parte de la izquierda heredera de la tradición marxista del siglo XX se mantuvo dentro del orden democrático pluralista en los años ochenta y noventa. Pero luego de un período de purgatorio salió fortalecida y renovada con el chavismo, que venía a fusionar las influencias estalinistas tamizadas de Cuba con la tradición antiliberal y corporativa del populismo latinoamericano. En ese tenor, pese a que entre la Europa y la América Latina postransicionales pueden hallarse diferencias de grado en la calidad de sus instituciones y culturas políticas, así como en sus políticas económicas y sociales, hay áreas donde las distancias parecen más notables. Una de ellas es la cultura democrática de la intelectualidad.

El rechazo intelectual y popular a los procesos fallidos del neoliberalismo en los años noventa fue el campo fértil desde donde construir esa nueva base que renovó el pensamiento autoritario, lo dotó de emocionalidad y lo revistió de sofisticación teórica, un pasado mítico y un presente heroico. Sobre todo, logró construir un aparato conceptual que le dio solidez teórica y que lo blindó frente a las viejas críticas. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe plantearon las bondades del conflicto político permanente y de llevarlo adelante en todas las líneas del Estado y la sociedad.

La revalorización de la estrategia populista propuesta por Laclau y Mouffe alcanzó un éxito peculiar y, allí donde el pluralismo y el disenso eran condiciones consolidadas y deseadas, existe ahora un *teatro de operaciones* en el que está en juego la *lucha por la hegemonía*. Los viejos movimientos populares latinoamericanos viraron así de propugnar modernidades reaccionarias —pero

modernidades, al fin y al cabo— a convertirse en instrumentos de antimodernidad y antiliberalismo, abandonando cualquier eje discursivo común con otros espacios políticos de la sociedad.

El nuevo relato populista logró que tomen impulso discursos que culpabilizan a las instituciones liberales por las asignaturas pendientes de las últimas décadas, escenificadas en los altos grados de pobreza, marginalidad, inseguridad y, ahora, las consecuencias de la pandemia. El populismo logró entonces inscribir un nuevo sentido común hegemónico por sus propias señas de identidad.

La estrategia de los socialistas del siglo XXI (aunque finalmente sean lo mismo que en el siglo XX) resultó en quitarle el contenido liberal a los reclamos y conflictos identitarios que se desparramaron por toda la sociedad y, en ese mapa de tensiones, llevarlos por vías autoritarias y estrategias de suma cero (Gaussens, 2018). Paradójicamente, muchas de las que habían sido las banderas que los partidarios de la libertad enarbolaron contra la opresión del individuo de los años de la Guerra Fría ahora son reutilizadas en nombre de un igualitarismo comunitarista que vuelve a proponer como salida la represión de la libertad y la iniciativa individual.

La ciudad de las ideas: un territorio en disputa

En América Latina —y en otras partes de Occidente— las universidades e instituciones culturales están crecientemente pobladas por un tipo de discurso intelectual y político. La hegemonía corresponde allí a la izquierda, en sus múltiples tribus, acompañada por un centro amorfo y pasivo, que deja a los segmentos fundamentalistas de aquella imponer léxico y agenda. Se genera, como respuesta, el predominio de un sector conservador cuyas ideas se encuentran sobrerrepresentadas, incluso, en centros privados y algunos entes públicos bajo gobiernos de derecha.

Empero, aunque existen extremistas antidemocráticos en ambos polos del espectro político, en el momento actual quienes parecen gozar de mayor

articulación regional, presencia reforzada en la opinión pública y hasta apoyo financiero e intelectual, proveniente de Estados Unidos y Europa, son los antiliberales de izquierda. Los conservadores latinoamericanos —sean trumpistas, bolsonaristas, uribistas y otros afines— no muestran músculo con redes políticas, intelectuales, mediáticas y socialcivildistas afines a sus gemelos enemigos.

La conquista del mundo académico, científico y cultural y su fusión con las elites políticas y las nuevas burguesías surgidas de la década de abundancia por los *commodities* en alza crearon una sólida alianza que se consolidó con el paso de los años y la falta de una orientación opuesta que les pusiera freno.

Cuando observamos ciertos rasgos —el antiamericanismo obsesivo, el igualitarismo dogmático, la sobrerrepresentación ideológica y la propensión iliberal— podemos comprender mejor la identidad de buena parte del campo intelectual latinoamericano, afiliado al antiliberalismo de izquierda. Se trata de elementos resilientes que marcan su presente y comprometen su renovación futura. La experiencia sostenida nos indica que estas ideas son sostenidas y legitimadas crecientemente desde núcleos importantes de las ciencias sociales latinoamericanas —incluso crecientemente en las grandes organizaciones latinoamericanistas—, que muestran poca valoración de la democracia realmente existente.

No pocos intelectuales izquierdistas formados en los sesenta y setenta mantuvieron una sistemática política de formación de recursos humanos basada en diversas estrategias, entre ellas, la ideologización y el apoyo a quienes además de excelentes profesionales fueran obstinados militantes. Y todo esto contó en demasiadas ocasiones con el apoyo *naïf* de redes y asociaciones europeas y norteamericanas, que hasta el día de hoy sostienen el *soft power* autoritario en la región.

Espacios nacidos al calor del exilio de intelectuales y la necesidad de renovar las ideas de la época, como el Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales (CLACSO), se transformaron en espacios de reproducción de un tipo de discurso intelectual

y político de vocación crecientemente hegemónica, identificado con el llamado *progresismo*, en su variante nacional popular y/o del socialismo del siglo XXI. Redes tradicionalmente propicias para la reflexión y el intercambio, como la Latin American Studies Association (LASA), han mantenido un carácter más abierto pero acusan también la presencia reforzada de discursos (poscoloniales, decoloniales, etc.) que ven a la democracia liberal, la economía de mercado y la sociedad abierta como meros constructos colonizadores de un Occidente imperial.

Para colmo, China y Rusia han comenzado a expandirse en instituciones educativas, científicas, asociativas y culturales de la región, para también avanzar sobre la opinión pública de los países en un sentido más amplio (Cardenal, 2020; Chaguaceda, 2018). A través de la creciente expansión de China y la disrupción rusa, los individuos y grupos antiliberales latinoamericanos pueden sublimar su aversión hacia Occidente y el capitalismo, encontrando además un paraguas que coincide con ellos en la visión jerárquica y autoritaria para la sociedad. Al mismo tiempo, esta nueva alianza los provee de más recursos y acceso al poder global.

China y Rusia han prestado mucha atención a su propia versión del *soft power* —el *sharp power*— que no es tan diferente en sus formas, aunque sí en contenidos, al de los países occidentales del siglo XX (Ludwig y Walker, 2017). Pero, paradójicamente, los ganadores ideológicos de la Guerra Fría todavía no han mensurado la importancia de esta batalla en tierras latinoamericanas. Subestiman amenazas que, en un futuro no lejano, pueden costar muy caro.

Mientras que los cultores de las ideas populistas y estalinistas —sus representantes, sus políticas de avance y reproducción en el mundo científico, académico y cultural— parecen crecer sin oposición, quienes se oponen a ellos se encuentran disgregados, fragmentados, aislados y, en muchas ocasiones, sin apoyos institucionales; lo más importante, carentes de estrategias comunes, privados de símbolos y discursos, escasos de articulación colectiva y abandonados al voluntarismo individual. A esa estrategia del populismo es necesario oponerle

una coalición que retome organizadamente los postulados de la libertad y el pluralismo. Traspasar y detonar el marco legitimador del nuevo intento autoritario es una tarea que no es posible pensar y hacer en la soledad de nuestros puestos individuales que, además, se ven amenazados por una tendencia dominante que hegemoniza recursos, agendas e instituciones.

La *coalición dominante* de esta nueva izquierda antiliberal a la que nos enfrentamos hoy en corporaciones universitarias, medios de comunicación, en el mundo artístico, organismos de investigación y promoción científica, en el debate intelectual y en las instituciones del Estado es producto de esa operación exitosa. El capitalismo aquí tiene un rol controversial, porque la Guerra Fría enfrentaba dos modelos económicos diferentes y en competencia. Pero, en la actualidad, el *leninismo 2.0* adoptó el capitalismo como estructura económica y utiliza su potencia a favor del programa antiliberal y autoritario. Este no es un detalle menor y debe ser puesto a reflexión como el hecho de que algunos de los países que propugnan modelos cerrados y autoritarios fueron parte de la coalición vencedora o son resultado del derrumbe soviético.

El Estado de las izquierdas autoritarias del siglo XX necesitaba de burocracias técnicas pero también de creyentes, expertos, científicos, atletas, artistas, todos ellos reproductores y legitimadores de la dominación autoritaria. Personas comunes —y hasta admiradas socialmente— que enunciaran lo que el sistema quería y que fueran elementos de control social sin ser parte de los aparatos represivos del Estado. Fanáticos que, aunque sus propios trabajos y experiencias contradijeran el relato hegemónico, preferían creer en él, incluso delatando y persiguiendo a sus propios amigos y colegas. En esto, la estrategia no ha cambiado mucho.

Pensar el presente y actuar antes que sea tarde

Es preciso comenzar a articular redes transnacionales que enfrenten crecientemente la legitimidad autoritaria que se está construyendo. El objetivo es claro: quieren enfrentar las bases liberales y

republicanas del mundo occidental en un segundo *round* que tendrá a la renovada y potente China, a Rusia, Cuba, Venezuela y sus satélites como contendientes. Y, esta vez, en condiciones estructurales y culturales ventajosas.

Los gobiernos y sociedades de países democráticos deben mirar un poco hacia atrás y recordar cómo articulaban *soft power*, símbolos y recursos para dar disputas por los sentidos que también estaban entonces en cuestión. Este es el desafío que debe proponerse para estos tiempos: construir y/o consolidar redes de influencia intelectual, pero también asociaciones de especialistas, artistas y profesionales pluralistas y demócratas. Todas ellas forman parte de un *soft power* inactivo, subutilizado, en silencio, en confusión y hasta en retirada, y que debe revalorizarse y reactivarse para hacer frente a la situación de avance del autoritarismo que se evidencia.

El mundo académico y cultural muestra un significativo auge de espacios cooptados por los defensores del modelo autoritario, ya sea por convencimiento militante o porque reproducen las bases de un sentido común para interpretar la realidad construido con el advenimiento del socialismo del siglo XXI. *La contradicción políticamente más relevante* —por su impacto en la vida pública— en el seno de las sociedades, clases políticas y academias latinoamericanas es aquella que toma actualmente partido ante dos formas contrapuestas de concebir el poder, respectivamente fundadas en el reconocimiento o la negación de la soberanía popular y los derechos humanos: democracia versus autocracia.

Las distinciones entre izquierdas y derechas democráticas, definidas por sus respectivos sistemas de valores y prioridades de política pública, pueden ser procesadas de modo contingente pero razonable en las instituciones y formalidades diversas de nuestras imperfectas democracias. Pero la actitud antidemocrática —abierta o velada— no deja espacio a la existencia misma de una academia comprometida con el pluralismo de ideas y el pensamiento crítico.

Aunque América Latina no esté siendo tan importante para Europa y Estados Unidos como sí lo es

para China y Rusia por el solo hecho de posibilitar sus planes de expansión, ya aumenta la importancia de dar la discusión en este lugar alejado del interés global. Por eso es preciso poner una ficha al éxito de un movimiento que debe ser integral, sistemático y que, una vez más, debe encontrar a Estados Unidos y a Europa en el lugar de liderazgo a través de sus herramientas institucionales estatales y no estatales. Es imprescindible aportar a las carreras y al éxito de quienes pueden convertirse en voceros, modelos y ejemplos que propugnan un mundo democrático, abierto y pluralista. Y a los que ya lo hacen es necesario potenciarlos aún más. El mundo occidental debe recrear visiones de proyectos colectivos en que la libertad y el bienestar se presenten de nuevo como un par posible, retomando así algún tipo de aspecto ejemplarizante y abandonando discursos parroquiales y localistas.

Partimos de casi una década y media de desventaja, en que no solo se han creado o cooptado instituciones, también lo han hecho con voceros, medios y representantes que, en algunos casos, anteriormente disputaban abiertamente a favor de la libertad. Para dar solo un ejemplo, artistas como Roger Waters que aportaron a la elaboración del Muro de Berlín como icono de la opresión y fueron claves en la lucha por la libertad, están hoy alineados con el régimen chavista. **Las agendas y el propio método de producción y difusión científica han sido afectados por estas estrategias populistas. Por ello es imprescindible abrir un compás de reflexión y acción sobre estas circunstancias, simultáneamente a comenzar un intento de revertirlas.**

Enfrentar al autoritarismo disfrazado de progresismo requiere de estrategias integrales. No son útiles acciones voluntaristas innecesariamente arriesgadas y prácticamente sin resultados trascendentes. Hay que pensar una mancomunidad de socios articulados, diversos y orientados a objetivos de corto, medio y largo plazo. En ese camino, las posibles acciones pueden ir, entre otras, por los siguientes ejes:

- *Formación humana*
 - Identificar activistas, líderes jóvenes, funcionarios y académicos para conformar redes

de reflexión, solidaridad e incidencia democráticas cada vez más densas.

- Apoyar perfiles personales destacados — por su diversidad de origen étnico, clasista, de género y otros, así como por su calidad profesional y capacidad de gestión y liderazgo— para que compitan y avancen frente a sus competidores identificados con los proyectos populistas y autoritarios.
 - Nuclear especialistas en temas tecnológicos, con similares propósitos.
 - Crear espacios de reflexión sobre temas de agenda del futuro para tener iniciativas en temas de consumos culturales, ambiente, inteligencia artificial, tecnología o vínculo con los animales.
- *Fortalecimiento institucional*
 - Estimular la inversión pública y privada en formación de excelencia de recursos humanos en los sistemas de educación media y superior, procurando la inclusión y movilidad social ascendente, rompiendo las dinámicas a menudo autorreferentes de las élites regionales.
 - Buscar nuevos *stakeholders*, creando redes y vínculos transnacionales con colegas asiáticos y africanos —incluyendo empresarios exitosos de empresas con alto nivel de innovación, programadores, jóvenes *gamers*, nuevos activismos, entre otros— para fomentar la colaboración cívica regional y transnacional.
 - Definir agendas de fortalecimiento de los actores y valores democráticos, en todas las redes sociales, establecidas y emergentes, del mundo de la cultura y las industrias del entretenimiento. Ayudar a asociar a los integrantes de estos campos con los especialistas y expertos del mundo académico, asociativo y gubernamental.
 - *Incidencia global*
 - Articular la acción colectiva coordinada para influir y retomar puestos de decisión en instituciones académicas internacionales. Mientras se participa y debate en las instituciones tradicionales, hay que crear nuevas con capacidad de autonomía económica y agendas definidas.

- Apoyar a académicos, científicos y personajes del mundo de la cultura perseguidos o apesados en países no democráticos, y denunciar a sus contrapartes autoritarias ante la comunidad internacional.
- Instalar una agenda de coordinación y cooperación con fundaciones e instituciones —gubernamentales y no gubernamentales— europeas y norteamericanas, para que no apoyen militantes del autoritarismo.
- Igualmente, estrechar una cooperación con centros de pensamiento occidentales para que retomen discursos y ejemplos de liderazgo global.
- Plantar debates públicos contra el *sentido común*, los discursos y las ideologías populistas y autoritarias, con adecuada amplificación regional. Es necesario apoyar y promover, en los medios de comunicación, caras frescas, reconocibles y populares que actúen como voceros de un ideario democrático.
- Participar en el mundo académico científico y cultural con una planificación que fortalezca las fuerzas democráticas, debatiendo y confrontando el *sharp power* chino y ruso en América Latina.

Conclusiones

En la región, el apoyo político a la democracia ha caído de forma sistemática durante la última década, según los sondeos de Latinobarómetro. Mientras que en 2008 aproximadamente dos de cada tres ciudadanos latinoamericanos sostenían que la democracia era el mejor sistema de gobierno, en 2018 solo el 48% respondió que prefiere a la democracia frente a otra forma de gobierno.

Se trata del nivel más bajo desde inicios del siglo XXI, pero se explica por dos fenómenos confluientes. Por un lado, se aprecia un fuerte rechazo al funcionamiento de los gobiernos existentes, que no implica ruptura con el sistema democrático como tal. Si analizamos la evolución de la insatisfacción de la ciudadanía con la democracia, vemos que el apoyo político a esta es una actitud sujeta a la realidad (procedimental y de desem-

peño) de los gobiernos en nuestras desiguales sociedades latinoamericanas.

Por el otro, una cultura política autoritaria que muestra permanente desafección con el modelo democrático. Los sondeos reflejan no solo una crítica justa a los déficits liberales, sino también cierta apuesta por modos de gobernanza no democráticos. El problema de fondo reside en cierto sesgo filotiránico, inexistente hace treinta años cuando la mayoría de las dictaduras —entonces derechistas y conservadoras— se desmoronaban y recibían inequívoca condena en la ciudad letrada que abrazó las transiciones democráticas.

Una esfera de disputa en la contradicción política entre democracia y autocracia —y en los ejes ideológico y cultural— se ubica en el campo intelectual. Este, en sentido amplio, abarca espacios educativos, investigativos, divulgativos, editoriales, etc. De tal forma, parece cobrar fuerza una postura que, desde cierta izquierda, combina lo autocrático y lo conservador, a despecho de formas democráticas y progresistas. Como hemos señalado, la contradicción políticamente más relevante en el seno de la academia latinoamericana actual, por su impacto en la vida pública, es aquella que toma partido ante dos formas contrapuestas de concebir el poder, respectivamente fundadas en el reconocimiento o la negación de la soberanía popular y los derechos humanos: democracia versus autocracia.

Los intelectuales suelen enarbolarse en sus obras una apuesta por cierta forma de cambio social y convivencia cívica. Asumiendo que podemos evaluar el compromiso democrático de un gremio a partir de cómo sus integrantes escriben, hablan o articulan el discurso, el comportamiento público de una parte importante de la intelectualidad en América Latina refleja una preferencia por formas políticas ajenas a la democracia. Su crítica no se dirige a los déficits oligárquicos de esta, sino a sus fundamentos mismos.

En la intelectualidad regional se mantienen dobles raseros (de tipo político, ideológico y cultural) a la hora de evaluar y confrontar los autoritarismos y populismos criollos. Los pronunciamientos

de la academia cuestionan preferentemente los populismos conservadores e, incluso, las democracias defectuosas. Pero los tres países donde es más limitado el ejercicio de todos los derechos cívicos —Cuba, Nicaragua y Venezuela— no reciben tanta crítica, a partir del pedigrí supuestamente emancipador de esos autoritarismos.

Si los demócratas no actúan decidida y tempranamente en defensa de sus instituciones, derechos y principios, los próximos años no auguran escenarios halagüeños para las democracias latinoamericanas. Mientras que las ideas, valores y prácticas del consenso republicano, liberal y progresista no se extiendan de forma decisiva a una mayoría sólida y activa de la sociedad civil y de la intelectualidad regional, la existencia misma de la democracia estará en entredicho.

Referencias bibliográficas

- CARDENAL, J. P. (2020). *El arte de hacer amigos*. Serie DP Enfoque n.º 3. Montevideo: KAS. <https://dialogopolitico.org/documentos/dp-enfoque-el-arte-de-hacer-amigos>
- CHAGUACEDA, A. (2018). El oso va a Occidente: la agenda rusa en Latinoamérica. *Foreign Affairs Latinoamérica*, 18(3), 72-77. <https://revistafal.com/numeros-antiores/fal-18-3>
- FREEDOM HOUSE. (2021). Freedom in the World 2021. https://freedomhouse.org/sites/default/files/2021-02/FIW2021_World_02252021_FINAL-web-upload.pdf
- GAUSSENS, P. (2018). *La izquierda latinoamericana contra los pueblos: el caso ecuatoriano (2007-2013)*. México: UNAM, CIALC.
- KEANE, J. (2009). *The Life and Death of Democracy*. Simon & Schuster.
- LUDWIG, J., y WALKER, Ch. (2017, noviembre 16). The Meaning of Sharp Power. How Authoritarian States Project Influence. *Foreign Affairs*. <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2017-11-16/meaning-sharp-power>.
- NYE, J. (2006, febrero 23). Think Again: Soft Power. *Foreign Policy*, <https://foreignpolicy.com/2006/02/23/think-again-soft-power>.
- PÉREZ-LIÑÁN, A. (2017). ¿Podrá la democracia sobrevivir al siglo XXI? *Nueva Sociedad*, 267, enero-febrero.
- REID, M. (2019). *El continente olvidado. Una historia de la nueva América Latina*. Ciudad de México: Crítica.
- RUESCHEMEYER, D., Huber Stephens, E. y Stephens, J. D. (1992). *Capitalist development y democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- TILLY, Ch. (2010). *Democracia*. Madrid: Akal.



Armando Chaguaceda

Licenciado en Educación (2000) e Historia (2006). Máster en Ciencia Política (2004). Doctor en Historia y Estudios Regionales (2012). Especializado en el estudio de la relación sociedad civil-democratización-autoritarismo en Latinoamérica y Rusia. Investigador en Gobierno y Análisis Político AC (GAPAC). Coautor y coordinador de varios libros, así como autor de decenas de artículos académicos y de opinión sobre las temáticas antes mencionadas, publicados en Estados Unidos, Europa y Latinoamérica, regiones en las cuales ha realizado diversas conferencias y estancias de investigación.



Fernando Pedrosa

Egresado de la Carrera de Historia de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Máster en Estudios Latinoamericanos. Doctor en Procesos Políticos Contemporáneos por la Universidad de Salamanca (España). Profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), donde coordina el Grupo de Estudios de Asia y América Latina del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Investigador en Gobierno y Análisis Político AC (GAPAC). Director de la *Revista Asia/América Latina*.

Twitter: @fpedrosaz

